

—Hasta pronto—dijo Mortal.

Al salir de la cárcel, Daniel pensaba irónicamente:

—¡Ahora te desafío á que me denuncies!

II.

Un padre.

Noel Rambert quedó aniquilado. La prisión celular es el más terrible de los debilitantes. Ahoga á aquellos cuya sangre corre rica en glóbulos, y exaspera á los que viven por y para sus nervios. Esa especie de máquina neumática hace el vacío en el cerebro humano del mismo modo y al mismo tiempo que lo hace en derredor del hombre. Borra, quita, arranca todo lo que hay de resistencia y de voluntad en el ser.

Rambert conocía que no se pertenecía á sí mismo, que no era, como antes, dueño de su pensamiento, de su fuerza, de la dirección de sus ideas. Obraba la prisión. La bomba aspirante de la celda atraía la médula cerebral. La cabeza de aquel hombre, joven aún, se balanceaba sobre sus hombros como la debilitada cabeza de un pobre viejo. Aque-

lla conversación con Mortal, aquella proposición, aquel imposible que se levantaba de pronto ante él, aterrizaraban al pobre Rambert. No sabía qué resolver. Era presa de la fiebre. ¿Cómo no había saltado sobre aquel miserable y había llamado al carcelero, diciéndole: «Detenga usted á este hombre?» ¿Cómo la idea de poder legar doscientos mil francos á Santiaguito había contenido de pronto su cólera? Mortal le había hablado de las sociedades de seguros sobre la vida. También él había pensado más de una vez en asegurarse en favor de su hijo. ¡Pero costaba tan caro! Y entonces se le presentaba de improviso la ocasión de hacer á Santiaguito rico y dichoso. Sí; pero ¿á qué precio? Decir: *¡Yo he asesinado!* Esto era entregarse al desprecio del mundo entero; negar era sostener una lucha loca; denunciar á Mortal era agravar la situación, como él mismo había dicho. ¿Qué prueba podía alegar? Sin embargo, si hablase, acaso la justicia hallara esas pruebas. Pero ¿debía hablar?..... Acaso *el otro*, aquel tentador, aquel miserable, aquel asesino tuviese razón. Acaso fuese mejor partido para él, enfermo, medio muerto, aquel suicidio, aquella solución sangrienta, tan afrentosa como sublime. El niño sería al menos rico, no sufriría y crecería dichoso.

—Es verdad—decía en voz alta Rambert, á quien la tos desgarraba los pulmones—estoy condenado de todas maneras. Al menos de este modo mis despojos serán útiles á mi hijo. Cuando tantos otros se han vendido, ¿por qué no he de venderme yo?

Y añadía:

—¡Y lo pagan bien!..... ¡Doscientos mil francos! ¡Aunque hubiera de vivir y trabajar sin cesar durante cien años, no ganaría la cuarta parte!

Luego tenía miedo.

—¡Pero me llamarán asesino!—continuaba—¡Rambert asesino! ¡Bah! ¡Ya me lo llaman! ¡ya lo creen así!

Luego se creía absuelto, libre, llamando á la puerta de los talleres. Pero en ninguno le abrían. Se veía sin trabajo y sin pan. Esperaba que Pascual Arthet encontraría una colocación para él. Se disponía á trabajar de picapedrero, de albañil, de cualquier cosa. Pero para todo eso era preciso vivir. ¿Estaba él seguro de vivir? No. Mortal se lo había dicho bien bruscamente. La implacable tisis minaba su existencia.

—Veamos—se decía;—¿será cierto que estoy definitivamente condenado por la enfermedad?

Hizo llamar al médico de la cárcel, que era un

hombre amable y sonriente, que *doraba la píldora* con mucha gracia, según su propia expresión, á los pobres enfermos.

Rambert le suplicó con energía que le dijese su verdadero estado; pero el doctor le aseguró que podía vivir cien años.

Noel pensó: «Es un necio. ¡No ha comprendido el interés de mi pregunta!»

Hizo llamar á Pascual Arthet. Se presentó éste, y el pobre preso pudo hablarle de nuevo á través de las rejas y á presencia de los carceleros.

—Señor Arthet—le dijo lentamente—nunca le he hecho á usted una pregunta tan grave como la que voy á dirigirle. Ruego á usted que me responda con su acostumbrada franqueza y sin ocultarme nada. ¿Cuánto tiempo cree usted que me queda de vida, suponiendo que no me guillotinen?

—¿Á usted?—dijo Arthet.

—Sí; yo me siento muy mal. ¿No es verdad que soy hombre perdido?

—Está usted muy enfermo.

—Para salvarme sería necesario lo que no he de tener nunca: lujo, reposo, paz.

—Sí—dijo Arthet.

—¿Y me salvaría con eso?—preguntó Noel.

—¿Por qué me lo pregunta usted?

—Es una idea mía. Necesito que me diga usted la verdad clara y definitivamente, aunque sea cruel.

—Rambert — respondió Arthet — Santiaguito queda á mi cuidado. Esté usted tranquilo.

—¿Lo cual quiere decir que soy hombre muerto? Arthet no respondió.

—Tísico, ¿no es cierto?

Arthet le miró sin contestar tampoco.

—Lo sabía — continuó Noel. — ¿Con cuánto tiempo podré contar, sobre poco más ó menos?

Vió en la mirada de Arthet como una duda llena de piedad, pero Pascual no respondió. Entonces Noel preguntó:

—¿Un año?

El mismo terrible silencio.

Rambert tuvo un relámpago de risa nerviosa, y moviendo la cabeza hizo un gesto de irónico desdén.

—Meses á lo más. Acaso días. ¿No es cierto? ¡Ah! ¿eso es todo lo que me queda? ¿Ese es mi capital? Hablemos, hablemos de ello. Es muy bonito el asunto. Ya tengo ajustada mi cuenta. Bien está.

De pronto adoptó un tono grave; su fisonomía tomó una expresión fiera, resuelta, soberbia, y dijo con dulzura:

—Gracias, Sr. Arthet.

Pascual conservó largo tiempo el recuerdo de

aquellas palabras, pronunciadas de una manera rara, dolorosa y profunda, y se preguntó varias veces el significado de las preguntas, la ironía y la resolución del pobre hombre.

Se acercaba el día de la vista de la causa. Las curiosidades malsanas, los apetitos de lo horrible, tan violentamente excitados, iban á quedar satisfechos. Se iba á saber por fin la última palabra del *Drama de Beaujon*.

Los que se tenían por bien informados colocaban anticipadamente á Rambert en la categoría de los criminales feroces. Los periódicos publicaban biografías falsas y ridículas que pintaban á aquel desventurado como un asesino siniestro. No había en aquellos momentos comedia en boga, ni drama de moda, ni novela que conmoviese, y por tanto, el proceso venía muy á punto para satisfacer la curiosidad pública.

Noel se cuidaba poco de saber lo que se pensaba de él. Todos sus pensamientos eran para Santiaguito. Algunas veces despertaba sobresaltado durante la noche. Le parecía que el niño le llamaba con angustiosa voz. Hubiera dado con gusto, por correr al lado de su hijo, aquella vida que Daniel Mortal le había propuesto comprarle.

Le consumía una fiebre más violenta cada vez,

á pesar de las espantosas dosis de quinina y acónito que se le administraban. Se encontraba presa de terrible pesadilla que duraba, no ya horas, sino días. Recordaba, como en lo profundo de un sueño, las palabras de Mortal, y se preguntaba si la aparición de aquel hombre en su celda no había sido un delirio de enfermo. ¿Había visto y oído bien? ¿Había reconocido realmente al asesino?

Su pobre cabeza estaba tan dolorosamente combatida, que perdía la noción de la realidad. Su vida de enfermo, llena de ilusiones y delirios, se confundía con su vida real. Pero al fin venía siempre á tener por cierto que sí, que había visto allí al hombre de la cartera encarnada, que le había oído, que le oía aún:

Doscientos mil francos, he aquí el resguardo á nombre de Santiago. Todo está depositado en casa de Mr. Justin Noblet.

¡Doscientos mil francos! Con ellos, y los intereses capitalizados, Santiaguito sería á los veinte años lo que él deseaba: un caballero. Seguramente que por dar aquellas rentas al pequeño hubiese consentido Rambert en dejarse ahrasar vivo, en dejarse destrozarse los huesos por cualquiera máquina. Le parecía bien natural que un padre sufriera el martirio en beneficio de su hijo.

Si le hubieran dicho: «Van á cortar un dedo á Santiaguito», él hubiera respondido: «No, dadme á mí una puñalada, una muerte atroz, lo que queráis, pero no toquen al niño.» Y por lo que él hubiera hecho por librar á su hijo de cualquier sufrimiento, le ofrecían una fortuna, si se atrevía á escoger una muerte pública, un suicidio, porque lo que le proponían no era más que un suicidio.

Sí, pero un suicidio infame, una muerte deshonrosa, la muerte del asesino que expía su delito. ¿Era posible que él, que Noel Rambert legase á su hijo el nombre de un asesino?

—¡Que se guarde sus doscientos mil francos!— se decía el pobre hombre cuando así pensaba, ó por mejor decir— que los entregue á la justicia, porque probablemente los habrá robado. Voy á denunciarle..... sí, eso es..... á denunciarle.

Y la tempestad rugía de nuevo en aquel honrado corazón. Sí, denunciarle, revelarlo todo. ¿Y después? ¿No estaba él igualmente perdido? ¿No había de hacer la tisis lo que había de hacer el verdugo?

¡Y entonces la miseria inevitable para Santiaguito! ¡En tanto que el dinero del tentador aseguraba al niño una vida fácil y dichosa!

Pascual Arthet, como atraído hacia Noel por un problema de psicología que le inquietaba, había conseguido ver de nuevo al preso, y Rambert aprovechó la ocasión para dirigirle algunas preguntas, cuyo sentido ponía en mayores dudas al doctor.

—Dígame usted—le decía—¿podrá soportar Santiaguito una vida de privaciones? ¿Tendrá fuerzas para luchar con la pobreza? Respóndame usted con franqueza, como siempre.

—La verdad es que el niño es débil. Tiene necesidad de cuidados, de vinos tónicos, de carnes negras, de sol y de aire.

—Lo sabía—murmuró Noel.

—Pero tendrá todo eso, porque yo me encargo de ello—continuó Arthet.—No soy rico ni mucho menos; pero á pesar de eso, no ha de faltar nada al pequeño.

—¡Oh! usted, usted es el mejor de los hombres. Pero todos somos mortales, y ¿cómo se arreglaría el niño si usted llegase á faltar? ¿No tiene madre!

—Marta Hardy estuvo ayer en casa á preguntar por su hijo, á abrazarle.

—¡Ah!—exclamó Rambert.

Y al cabo de un momento:

—¿Y se lo ha permitido usted?

—Sí: ¿he hecho mal?

—Ciertamente que no. Después de todo, es su madre. ¿Conque se cuida del niño? Me parece bien. Y de mí no le hablaría á usted una palabra, ¿verdad?

—Me ha dicho que había solicitado no presentarse á declarar ante el tribunal. La da miedo volver á ver á usted.

—¡Y vergüenza de verme allí!

—No. En la vista se leerá su declaración. Ha sostenido ante el juez que usted no podía ser culpable de semejante crimen.

—¿Sí?

—Ha dicho y repetido que sin duda había en todo aquello una espantosa equivocación, porque usted era incapaz de asesinar á nadie.

Por los apagados ojos de Rambert pasó un relámpago de dicha. ¡Marta le defendía, luego creía en él!

—¿Y usted?—preguntó.

—¿Yo? yo pondría las manos en el fuego á que usted no ha herido á ese hombre.

—En fin—dijo el obrero—estoy acusado y pronto me juzgarán. Suponga usted que me condenan, que me matan. ¿Abandonaría usted á Santiaguito, que es inocente de todo?

—Nunca.

—¿Le dejará usted llevar el nombre de un ajusticiado?

—Fie usted en mí—respondió Arthet.—Pero confianza por confianza. Le prometo á usted que Santiaguito podrá levantar la frente con altivez, sea lo que quiera lo que suceda. Yo no tengo hijos. Le adoptaré.

—¿Usted?

—Sí. Pero dígame usted la verdad, Noel, la verdad, cualquiera que sea. ¿Es usted culpable? No lo creo. ¿Es usted inocente? Pruébemelo usted.

—¡Probarlo!—exclamó Rambert.—¡Pues así que es cosa fácil!

—Dígame usted, júremelo usted, y lo creeré.

—¿Me creerá usted?

—Lo juro por mi honor.

—¡Ah!—dijo el acusado con gran alegría. Pueden acusarme, condenarme, hacer de mí lo que quieran. Usted, usted y Marta me han absuelto..... Gracias..... gracias..... Pero en cuanto á hablar.....

Y se detuvo de pronto.

—Más adelante, más adelante, señor Arthet. Ahora no. Usted sabrá la verdad, toda la verdad. Yo se lo prometo. Pero más tarde, más tarde.

Y cayó en un silencio profundo, en un raro estado de postración. Arthet sacó de aquella entre-

vista una nueva impresión de terrible angustia.

Los debates del *negocio Rambert* empezaron en los primeros días de Abril. Los rayos insolente é irónicamente gozosos del sol primaveral, sembrados de multitud de estrellitas y de átomos, penetraban límpidos en aquella sala atestada de curiosos. Noel, que sabía que iba á comparecer ante el jurado, notaba que su palidez aumentaba por minutos, y se mordía los labios. Los gendarmes que le custodiaban, se miraban uno á otro y guiñaban los ojos como diciendo:

—¡Cómo debe latirle el corazón!

Y le latía, en efecto. Él, probo, honrado, valiente, bueno hasta ser tonto, se encontraba acusado de haber asesinado á un hombre. Le iban á llamar en su cara asesino y cobarde.

Mientras subía la escalerilla que conduce de la cárcel á las salas de audiencia, cerró los ojos y evocó el recuerdo de Santiaguito, como un supersticioso besa antes de la batalla la carta de su madre ó de su novia.

Aquel padre, apasionado hasta el punto de que el sublime sentimiento de la paternidad ahogaba en él todo otro pensamiento, no tenía otro consuelo ni otro apoyo que su hijo.

Se abrió la puerta que da entrada á los acusa-

dos. Un gran estremecimiento recorrió á la muchedumbre, que vió en su presencia á un hombre pálido, demacrado, con los ojos hundidos — á un enfermo — que miraba ante sí con expresión triste, pero tranquila.

Noel había experimentado al entrar allí como un soplo de calor sofocante. Luego, la presencia de todas aquellas cabezas que con movimiento instintivo se dirigían hacia él, aquellas miradas inquisitoriales en todos los rostros, le causaron la impresión de una terrible quemadura.

Los ojos de la muchedumbre producían en él los efectos del hierro enrojado. En el primer momento sintió miedo y vergüenza, bajó la cabeza y miró á la barra forrada de madera en que iba á apoyar sus manos. Luego, de pronto, y como si hubiese tomado el partido de luchar, levantó la cabeza y desafió con la mirada á todas las gentes, á todas las cosas que le rodeaban.

Le parecía, por un singular fenómeno de sensación, que no era á él á quien iban á juzgar, que él estaba allí como todos los demás curiosos reunidos en aquel sitio. Iba á ver desarrollarse ante él aquel drama en que se trataba de su vida, del mismo modo que se asiste á cualquier espectáculo.

Su primer pensamiento fué éste: «¡Y es aquí

donde se administra justicia!» Visto de cerca, todo lo que impone á las muchedumbres es pequeño. El hombre deja abierta la puerta á lo mezquino, aun en sus combinaciones más solemnes.

Miraba aquel cielo raso, hermoso y angular; aquella pintura de Cristo sobre el estrado, y aquellos jueces con sus togas rojas, y no encontraba nada grande, imponente ni majestuoso. El sol de Abril invadía la sala, á pesar de los espesos cortinones, y esparcía por la asamblea sus rayos ardientes y gozosos, haciendo relucir á la vez las sedosas bridas de los sombreros de las señoras y los calvos cráneos de los hombres. Noel contemplaba aquel espectáculo. Hacía tanto tiempo que no veía luz ni colores, que se sentía renacer. Aquel público, tonta y odiosamente curioso, significaba al menos la vida; la vida representada por aquel estremecimiento, aquel bullir y aquel ruido.

—¡Qué hermoso debe estar el día!—se decía Rambert.—¡Por allá, por Vincennes, en aquel delicioso bosque donde se va á tomar el aire! ¡Todo será por allí savia y vida! ¡Ah! ¡con qué gusto iría allí, si pudiese, á contemplar las primeras hojas!

Pensaba en todo aquello como en un eco de la poesía de sus veinte años, que le llevaba una iro-

nia traidora precisamente cuando se encontraba frente á frente de la horrible realidad, representada por la muchedumbre, los jurados y los jueces.

La lectura del acta de acusación le hizo volver en sí y darse bruscamente cuenta de su verdadera situación, de su feroz destino.

Se encontraba en presencia del desenlace del drama. Todo iba á terminar. ¿Cómo? No lo sabía. Desde las primeras palabras leídas por el relator, le asaltó de nuevo el atroz pensamiento que le dominaba. Había llegado el momento de elegir. La suerte estaba echada. Antes de acabarse aquel día iba á ser declarado culpable ó reconocido como inocente.

¡Inocente! ¿era posible? ¡Salir de la prisión, respirar el puro aire de Abril, volver á reunirse con Santiaguito! Pero ¿qué esperanzas, qué probabilidades había de obtener aquella libertad? Y aunque se consiguiese, ¿por cuánto tiempo podría gozar de ella, estando, como estaba, condenado por la tisis, con más seguridad que pudiera estarlo por sus jueces?

La lucha desgarraba acaso por vigésima vez su corazón. Había que elegir: «Ó libre acaso, pero Santiago miserable, ó condenado, y Santiaguito rico..... muy rico.

De pronto notó Noel que su abogado, colocado debajo de él, deslizaba suavemente un papel entre sus manos, y le oyó decirle en voz baja:

— Me han remitido eso para usted.

Era una cartita lacrada; Noel la tomó maquinalmente y pareció preguntar con la mirada al abogado de dónde venía aquella carta ó quién podía haberle escrito.

El abogado comprendió.

— No sé quién se lo envía á usted—dijo.

Rambert abrió el sobre y leyó rápidamente.

Eran dos líneas faltas de sentido para otro que no fuera él, pero terriblemente elocuentes y feroces para Noel: «*Todo quedará terminado esta tarde. Bastan dos palabras pronunciadas por usted.*»

No estaba firmado, pero tampoco era necesario, puesto que Rambert sabía perfectamente quién podía dirigirle tal aviso.

El abogado hizo seña á Noel para que se inclinase, y le preguntó en voz baja:

— ¿Qué significa esa carta?

— No es nada de particular — dijo Noel.

Nunca había experimentado el pobre hombre la terrible impresión que sentía entonces. Sentía un peso enorme en el pecho, le parecía que se iba á

ahogar. Temía desfallecer, ser acometido de un vértigo, y no quería dar á la muchedumbre allí aglomerada ese espectáculo (que tanto le agrada) de un dolor ó de un sufrimiento, que ella toma por una cobardía.

—¡Vamos— se dijo— la última prueba! ¡Tratemos de arrostrar la situación como un hombre de temple!

Y haciendo un supremo esfuerzo, se enderezó, levantó la cabeza, y con la mano puesta sobre aquella luciente barra, en que se habían posado tantas manos manchadas en sangre, miró al público sin fanfarronería, pero frente á frente.

Quando el presidente le dirigió las primeras preguntas, reinó en la sala un silencio profundo.

—Acusado, diga usted su nombre y apellido.

—Noel Luis Simón Rambert.

—¿Su edad?

—Treinta y cuatro años.

El infeliz representaba cincuenta.

—¿Profesión?

—Obrero mecánico.

—¿Dónde vivía usted últimamente?

—Boulevard del Hospital, 115. Trabajaba en la casa Potonie. Espero que sus propietarios declararán en mi favor.

—¿Ha sido usted condenado ó procesado otras veces?

—He sido condenado por causas políticas.

Esta respuesta causó cierta mala impresión en el auditorio.

—¿Se había usted batido? ¿Había usted tomado parte en una insurrección?

—Hice mal. Lo confieso. Los tiros no prueban nada; no hacen más que matar hombres honrados de ambos bandos.

—¿Lo reconoce usted así?

Hace tiempo que lo he reconocido.

—¿Volvió usted á París en 1859, después de la amnistía?

—Sí, señor.

—¿Y tomó usted su antigua ocupación?

—Sí, señor.

—Desde entonces se le ha visto tratando de reavivar en el ánimo de sus camaradas los pensamientos de discordia, de rebelión y de odio. Mientras trabajaba usted se entretenía en entonar canciones relativas á los peores y más tristes días de nuestra historia.

—Cantaba lo que encontraba bonito. Y por otra parte, no he cantado mucho tiempo. Bien pronto acabé. En cuanto á lo del odio, á fe mía que no es cierto. Yo no odio á nadie.

—Sí, ya sabemos que afecta usted una dulzura que no tiene.

—Yo no soy más dulce que pueda serlo otro, señor presidente; lo que soy es más desgraciado que nadie.

—Tenemos testigos que afirmarán ante usted que no han olvidado sus provocaciones.

— ¡Testigos!

—Sí; sus camaradas de taller.

—¿Qué declararán contra mí mis camaradas? ¿Qué es lo que yo les he hecho? ¡Pobres diablos! ¡Son más dignos de lástima que de censura!

El presidente recomendó al acusado que guardase la respetuosa actitud debida á los magistrados y á los testigos, y luego continuó:

—Después encontró usted á una joven, á una obrera, á Marta Hardy, y la hizo usted olvidar sus deberes.

—Yo la amaba y ella también me amaba entonces—dijo Rambert con voz temblorosa y ahogando un sollozo;—nos unimos y vivimos algún tiempo juntos completamente felices..... Luego vino la desgracia á turbar nuestra dicha y nos separamos y nos olvidamos. Esto es todo.

—¿Conque se *unieron* ustedes? ¿Usted llama *unión* á lo que tiene por verdadero nombre concu-

binato. ¡De todos modos resulta que luego abandonó usted á su compañera después de haberla hecho madre!

(*Sensación en la parte femenina de la asamblea.*)

—¿Abandonarla yo?..... ¿Que yo abandoné á Marta?..... Es falso. Ella puede decirlo.

—La joven Hardy ha declarado efectivamente en la instrucción y no se ha quejado de usted. Por el contrario. Pero la repugnancia que experimenta á la idea de comparecer aquí, y por lo tanto de volver á ver á usted, prueba bien que no guarda muy buen recuerdo de las relaciones mantenidas entre ustedes.

—Esa repugnancia—dijo Rambert en voz baja y como hablando consigo mismo—puede..... acaso..... llamarse remordimientos.

—Justo es decir, en descargo de usted, que recogió al hijo ilegítimo nacido de sus relaciones con Marta. Pero ¿cómo le ha educado usted?

—¿Cómo? como á un niño angelical que es. Hubiera hecho de él un hombre de provecho. (*Risas irónicas en una parte del auditorio.*) Yo trabajaba para el pequeño, como había trabajado para su madre. ¡Estas manos se han ennegrecido, cortado y agrietado ganándoles el pan! ¿Que cómo le ha educado? pues es bien sencillo: amándole.

—No comprende usted lo que quiero decir— dijo el presidente.—A lo que yo me refiero es á que su hijo de usted vagaba por las calles, á que no le había usted llevado á la escuela, á que....

—¿A la escuela? ¿para qué? Yo era su maestro. Yo le enseñaba una porción de cosas, á leer, á pensar, á conocer las cosas, los hombres, la geografía en los mapas, etc. ¡Si eso era mi vida!

—¿Le hubiera usted enseñado sus hermosas teorías comunistas?

—Le hubiera enseñado lo que sé, pero no el comunismo, señor presidente.

Nunca he tenido esas ideas falsas y engañosas que perjudican á todo el mundo, y á la república más que á nadie. Creo que todos hemos nacido para trabajar, y que nadie tiene derecho á compartir el bienestar de otro. El comunismo, todas esas invenciones de las gentes que se llaman amigos del pueblo, es una terrible forma del despotismo. Lo que yo quiero, á lo que yo aspiro es á que cada hombre pueda vivir con sus propios esfuerzos. Dos frases eran la divisa de nuestras banderas: *Vivir trabajando y morir combatiendo*. Es preciso borrar la última. Los cartuchos no prueban nada. Esto es lo que hubiera enseñado á mi hijo

diciéndole: *A cada cual sus apetitos, pero á cada uno según sus obras.*

(Admiración. Protestas en uno y otro lado.) El presidente hace notar al acusado que no estaba allí para dar un curso de republicanism. (Risas.)

—Es verdad— pensó Rambert enrojeciéndose.— No es este el sitio más á propósito para que yo hable de estas cosas.

Y movió la cabeza pensando en Pascual Artchet. Pensaba el pobre, verdaderamente aniquilado: —¡No tengo ya derecho á hablar de eso! ¡Ciertas palabras se manchan al pasar por mi boca!

Con frecuencia brillaba en su mirada una llama singular.

Cuando se llegó á la relación del crimen de Beaujon y le preguntaron qué hacía allí, en el cuarto en que se encontró el cadáver de Laverdac, no quiso responder.

El presidente le dijo:

—Cuéntenos usted en qué empleó el día primero de Enero.

—Recorrí las calles y busqué dinero porque tenía hambre.

—Y sin embargo, por la tarde encontró usted, sin duda, medio de calmar la sed, puesto que el portero de su casa le vió á usted salir bien anima-

do—compréndame usted bien—animado como un borracho..... Este es un hecho probado. Y bien, ¿á dónde se dirigió usted desde el boulevard del Hospital?

—No lo sé.

—Poco importa el camino que usted siguiese. Lo que es indudable es que le encontraron á usted y le detuvieron en la misma casa en que se había cometido el crimen. Eso es lo importante. Acababa usted de matar á un hombre, y el móvil que le había impulsado á usted á ello es bien fácil de adivinar. Le había usted matado para robarle.

—¡Para robarle!—exclamó Rambert con grito desgarrador, enderezándose como si el ultraje le hubiera hecho el efecto de un latigazo.

Y el desgraciado miró con altivez al hombre que así le hablaba, quien, con las pupilas medio ocultas bajo sus grasientos párpados, contemplaba á Rambert, golpeando al mismo tiempo su pulgar izquierdo con un portaplumas que tenía en la mano derecha.

Los jueces, hundidos en sus sillones y hablando entre sí á media voz, parecían poco atentos. El fiscal se entretenía en hacer pedacitos las obleas.

Rambert quedó, por decirlo así, desarmado á

la vista de aquel tribunal de impasibles que oponían á su cólera una flemática indiferencia, una íntima y absoluta convicción de que el acusado era culpable.

¿Y qué le importaba? El desgraciado estaba decidido á efectuar el increíble, el absurdo acto de abnegación que *el otro* le había propuesto. Aceptaba el pacto. Se condenaba á sí mismo. Se vendía. No era más que una cosa que un caprichoso ó interesado pagaba bien, una mercancía que se cotizaba á fecha fija.

Se dejó caer sobre un banco, y tembloroso, con las narices dilatadas y echándose hacia atrás,

—¡Justo—dijo con ironía estridente;—maté por robar..... por robar!

Y de su garganta salió un estridente sollozo que la muchedumbre escandalizada, estupefacta, tomó por una risotada.

—¿De modo que confiesa usted?—dijo con frialdad el presidente.

—¿Que confieso?—dijo Noel.—¿Que he asesinado? No. Es que usted me lo prueba. ¿Pues qué, la justicia no lo sabe todo, no lo ve todo, no lo adivina todo? Hay en una casa un vivo y un cadáver: ¡á la guillotina el vivo! ¡Pena de muerte al ladrón y al asesino!

El infeliz estaba espantoso en aquel estado de cólera estridente, y toda aquella asamblea, sacudida, conmovida por él, sentía terror. Hablaba con movimientos automáticos como si vertiginoso ó delirante lanzase al viento sus palabras. Hablaba como para una persona invisible, para lo desconocido, para el porvenir.

El presidente, con la conciencia segura de que aquel hombre había matado, repetía sin cesar:

—¿Luego usted confiesa?.....

—Usted es el que prueba, repito—respondía Noel.

—Le pregunto á usted que si confiesa.

—¡Voto á á!..... ¡Sí, confieso! Ya lo ve usted. ¡Confieso!

El hombre abdicaba.

Arrojaba voluntaria, heroica, insolentemente al agua su orgullo, su fe, su pasado. Se abandonaba á esa sujeción infernal: á la tentación. Ofrecía á su hijo cuanto había en él de grande y de sincero. Se deshonoraba, se manchaba en sangre á los ojos de todo el mundo. ¿Y por quién? Por Santiaguito. Aceptaba el trato del asesino. Sustituía á aquel desconocido. Tomaba sobre sí la reprobación y el castigo.

Abdicaba, desgarraba él mismo públicamente

con una especie de voluptuosidad amargamente feroz sus treinta años de probidad pobre y sagrada. Empleaba cuantas fuerzas tenía en aquella obra de demolición. Desafiaba á la muchedumbre. Toda cuanta energía quedaba en aquel cuerpo minado y moribundo, se concentraba entonces en sus palabras y en su mirada. Mereció el pobre y miserable vencido que al día siguiente se dijese de él en un periódico: «Hay criminales grandiosos, pero éste es un infame y probablemente un cobarde. ¡Ya lo veremos!»

Después de aquella pública confesión de infamia el proceso podía darse por terminado. Los obreros que declararon, los agentes y toda la gavilla de testigos de cargo que aseguraban saberlo todo y no habían visto nada; la verbosa palabrería del defensor y la áspera acusación fiscal, pasaron desapercibidas entre el torbellino de emoción producido por el grito de Noel, por aquella solemne y siniestra abdicación, por aquella condenación que el acusado se imponía á sí mismo.

En tanto el pobre Rambert, alucinado por su inmenso cariño, se decía:

—Mi Santiaguito será dichoso, será rico y vivirá y envejecerá feliz.

Aquel hombre sentía en lo profundo de su

ser el amor inmenso é instintivo de los animales, pero afinado como el de la mujer.

No tenía, por lo tanto, mérito alguno ni se imponía ningún sacrificio al dar la vida por su hijo. No una, sino diez, cien vidas hubiera él dado con placer por asegurar á Santiago el pan, el abrigo, la libertad y la vida.

Él, el acusado, levantaba con altanería la frente ante los jurados, pálidos y como aterrorizados de la sentencia de muerte que iban á dictar.

Había llegado la hora, el minuto decisivo.

Todo acusado se estremece cuando se acerca el momento de escuchar su sentencia. ¡Ese minuto es la piedra de toque del valor y la fanfarronería!

Bien fuerte es el hombre que se atreve á mirar cara á cara á su destino, al desconocido terrible, á un porvenir que puede ser de libertad ó de sangre, según que las bolas que caigan en la urna contengan un *sí* ó un *no*.

Noel Rambert, al escuchar su sentencia de muerte, levantó con arrogancia la cabeza, y pareció que una estrella de dicha pasaba por las pupilas de aquel hombre, que se entregaba al sacrificio en aras de su locura de cariño y de su apetito amargo y exaltado de morir.

A sus labios subió un nombre que lo consoló y que casi le impidió escuchar su sentencia.

—¡Santiago! ¡Santiago! ¡Santiago!

La muchedumbre empezó á disolverse en silencio, preguntándose instintivamente que hombre raro era aquel á quien se acababa de sentenciar á muerte.

III.

Dos amigos.

Daniel Mortal triunfaba. Había decretado y realizado lo que parecía imposible por el solo esfuerzo de su voluntad. Había arrancado una confesión al inocente, y acababa de endosar su crimen como se endosa un crédito dudoso, á un pobre hombre.

Salió orgulloso del Palacio de Justicia, contoneándose con altanera sonrisa de desprecio para aquella muchedumbre que se atenía á las apariencias y maldecía al condenado.

—Por mi fe—pensaba—que no he perdido el día.

Subió en un coche, bajó el cristal de la venta-